

Las edades del hombre

Por José Jiménez Lozano

“Las edades del hombre” fue un proyecto que nació sin demasiados propósitos, ambiciones; en realidad, con una finalidad exclusiva o la única contemplada: mostrar unas obras de arte, unos libros y unos fondos musicales que, formando parte del patrimonio de la Iglesia en Castilla y León, resultaban desconocidos, o poco y convencionalmente valorados, eran inéditos en buena parte y nunca habían sido presentados en su conjunto. Y, sin duda, esta presentación u ofrecimiento podía dar una cierta imagen de esta tierra y sus raíces totalmente alejada de la banalidad pero también del discurso retórico o académico. El problema que se planteaba entonces, era el «cómo» de esa muestra para la realización de este propósito, además del de su financiación que suponía en quienes cargaron con ella un espíritu de mecenazgo un poco a la antigua, y que se encontró con facilidad porque, sin duda, se llamó a la puerta adecuada.

No se quería recurrir, desde luego, al sistema convencional de mostrar las obras de arte según el esquema de la evolución de las formas, por la muy simple razón de que no se trataba de una didáctica ni de una formación acerca de esa evolución artística formal, sino del mundo y transuyendo en que esas obras artísticas habían nacido, determinando incluso su forma y a veces hasta la misma técnica. Se trataba de evitar cualquier reduccionismo o falseamiento

de la naturaleza de los iconos que se mostraban, y de permitirlos hablar y decir en un ámbito o clima cultural y espiritual que fue el suyo.

Estas pinturas y esculturas del arte antiguo cuentan siempre, mucho más en el ámbito de la cristiandad: son iconos nacidos de la memoria que es una categoría esencialmente teológica propia del judeo-cristianismo en oposición a las religiones místicas o mitológicas, y su relato no es sacral o sagrado, sino relato de la historia de los hombres en la que Dios irrumpió, que se recuerda luego interminablemente y de modo distinto en cada tiempo histórico: en el románico, que es un arte teológico aunque no sin ganga política bizantina con frecuencia, en el gótico ya humanísimo, o en el barroco que es un arte resueltamente religioso-político y de propaganda, predicación, catequesis y luchas mundanales. Y aún sería preciso hacer cuenta de otros parámetros que no pueden enunciarse, desde luego, acudiendo simplemente a esas denominaciones estilísticas o de grandes momentos de la cultura occidental.

Una reflexión de este tipo fue la que determinó que, en esta muestra, se optase por la distribución o «mostración» del material artístico en unos compartimentos en los que se subrayaba esencialmente el devenir o la memoria históricos, dejando que la belleza de lo expuesto respaldase en su propio clima, por decirlo así: es decir, en las



distintas fases, estancias o fases de la experiencia humana y de sentimientos, ideas o sueños teológicos —esos mismos que Horkheimer pensaba que el hombre moderno debería tener la audacia de hacer suyos de algún modo— que estuvieron en la base y hasta fueron la motivación entera de esa producción artística. Y de aquí el título, deliberadamente lleno de indeterminación y polisemias, de «Las edades del hombre», porque al fin y al cabo es la historia humana desde su existencialidad y en los tiempos de civilización unida de algún modo al cristianismo —«civilización cristiana» es una enunciación teológica-mente inaceptable e históricamente risible— la que se ha pretendido mostrar, y ello, naturalmente, en y desde la propia tierra: el modo y manera en que, aquí, en el espacio geográfico y en el tiempo histórico de lo que hoy es políticamente la Comunidad Autónoma de Castilla y León, pero sin renunciar a lo

que trascendió y trasciende estos puros límites administrativos, el hombre ha vivido ese tiempo de civilización, ha producido ese arte o lo ha amparado, ha escrito y pintado o comprado libros pertinentes a la aventura intelectual o de sus centros, y ha compuesto música. Como en otras partes de España o de Europa, desde luego, pero con su especificidad y una diferencia muy pronunciada.

Unos ciertos guiños

El ojo observador, simplemente tras su paso por la muestra, debería percatarse muy claramente de los guiños que se hacían más allá de lo que se mostraba: por ejemplo, el hecho de hasta qué punto esta tierra fue Europa en los más altos y más cruciales momentos de ésta. No sólo por la presencia de una pieza románica como el apostolado de Alba de Tormes, de una inspiración teológico-política y de una factura estilística tan es-



Izda. Códice. Burgos 1494. Miniatura con la Adoración de los Magos.

Dcha. Códice. Burgos 1494. Miniatura con Cristo crucificado, y María arrodillada.

**Estas pinturas
y esculturas del arte
antiguo cuentan
siempre mucho más
en el ámbito de la
cristiandad: son
iconos nacidos de la
memoria propia
del judeo-cristianismo**

de la historia» y apuntaba a la conciencia de un tiempo en que el hombre creía firmemente que esa historia no era puro «sonido y furia», ni un «sán inútil» y su final feliz estaba asegurado, en una figura del evangelista Mateo: una efigie de escritor o intelectual ante su atril, asistido por un ángel —el símbolo de Mateo— como Luis Vives por sus fúmulos a la hora del estudio, que resultaba como la réplica exacta del hermosísimo retrato que a Erasmo hizo Holbein. Y, entonces, ¿cómo no evocar a los erasmistas de esta tierra, esperanzados por el mundo nuevo que el holandés anunciaba, o el Congreso o Conferencia de Valladolid de 1527 en torno al problema de la tolerancia al socaire de un verso, glosado por Erasmo, del propio evangelio de Mateo? La tolerancia todavía es un sueño y la filligilla erasmiana de una aldea de esta tierra pareciera preguntarnos.

Por otro lado, también se ofrecía lo específico de nuestras vivencias espirituales y culturales no sólo en una determinada muestra de un barroco ya resueltamente cultural y popular, sino de manera más enfática en la también reconstrucción —inevitable igualmente— de una celda carmelitana, que quería evocar y seguramente evocaba no sólo lo que para la cultura humana de los adentros y la cultura de la sospecha —más allá incluso de Freud, Nietzsche o Marx, en Juan de la Cruz— ha significado la escritura mística de los grandes místicos castellanos, sino también la invención de esta otra estética de la estancia carmelitana en la que no hay «ens fictum»: adorno ni retórica para los ojos, sino la pura verdad desnuda de las cosas pobres, y la luz.

Nuestros libros de antaño

Esta misma idea o propósito del simple mostrar fueron los que han presidido igualmente la otra muestra de los libros y documentos de nuestras iglesias, catedrales y monasterios caste-

Biblia Visigótica de San Isidoro de León.



pléndida como en el pórtico de Moissac, o la alusión —desgraciadamente a través de una reconstrucción, pero ello resultaba inevitable— al espíritu teológico y a la estética cisterciense a él unida, que implica una revolución cultural y estética para todo el Occidente según la cual la forma sólo es puramente hermosa cuando lo es mínimamente: lo justo para la revelación del ser, sino porque una de las salas estaba dedicada a hacer memoria de un momento histórico de suma importancia: el que por un lado, dio lugar a la reforma y su cultura específica, y, por el otro, supone la conciencia de la ruina de la historia y la brevedad del tiempo para enderezarla, y, a la vez, el adelgazamiento y afinamiento de la conciencia del «yo» occidental entre el ser y el perderse: la sala amparada bajo la leyenda: «El Cristo muerto y sepultado».

Pero es que, además, una mirada atenta no podía menos de reparar en la sala cuyo epigrafe orientativo era el de «El Señor

Panorama

llanos y leoneses. Aquí también se ha querido recrear el «humus» en que esos libros se produjeron, y mostrar el vivir y el desvivir, o el vivir desviviéndose, a través de los documentos de la cotidianidad o de los grandes momentos que la han modelado tanto en su interioridad como en sus manifestaciones externas, en lo que tienen de común con el tiempo y espacio de las otras Españas y de Europa y también en su especificidad.

Las muestras de ésta van aquí desde el encanto de las primeras grafías del lenguaje o los balbuceos del castellano, desprendiéndose de la latinidad, a la lucha singular por la tolerancia y la libertad contra la represión inquisitorial o su burla —la enciclopedia de las catedrales, cuando se suponía que sus vidrieras tenían que despedir oscuridad—, las delicias de los primeros textos literarios en romance y de la cultura románica europea, pero que entrañan ya la diferencia del alma castellana: el *Libro del Buen Amor* de Berceo, hasta las imaginaciones geográficas de la gran insula recién descubierta de América, y, luego, sus problemas políticos y económicos. Pero, sobre todo, había que mostrar lo más singular de lo nuestro: no sólo la escritura de Juan de la Cruz o de Teresa de Ávila, sino también las maravillosas escrituras —maravillosas ya en sus grafías— de islámicos y hebreos, «los otros hijos de Abraham» y los otros castellanos y leoneses, y, sobre todo, esas fantásticas imaginaciones —puro «naif», y, a la vez, visiones poderosas— del primer libro de teología política escrito en Occidente, el primer «Tractatus theologico-politicus»: el comentario al Apocalipsis del Beato de Liébana, que es una meditación teológica sobre el sentido de la historia, sobre la espera y la esperanza en tiempos de esclavitud, sobre la seguridad de la justicia final. Pintores y pintoras, medio «morabitos», pintaron esa glosa con imágenes de una extraordinaria simplici-



Liber Chronicarum, de Hartman Schedel. Siglo XV.

dad y fuerza, negadoras de todo realismo formal, pero de una tal belleza y de tal conexión con lo real más último del hombre y de la historia y su tremendo devenir, que su frescor y encanto, o su violencia a veces, son por sí mismas una glosa de nosotros mismos y de nuestro ahora. Quizás nunca un libro, en ninguna parte del mundo, ni tampoco unas iluminaciones de un texto, siendo tan lejanos en el tiempo, nos son tan pertinentes y relucen con tal hermosura.

Y el mostrar hermosura en un mundo de tan horrible fealdad como el nuestro, un mundo brutal y grosero, como por otra parte fue también el mundo en

Quizás nunca un libro, en ninguna parte del mundo, ni tampoco unas iluminaciones de un texto, siendo tan lejanos en el tiempo, nos son tan pertinentes y relucen con tal hermosura

el que muchas de estas hermosuras mostradas nacieron para sostener la vida de los hombres, fue, como digo, el propósito de esta muestra, su intención única.

Para recordarnos

Pero también queda apuntado que este propósito hubiera sido irrealizable sin atender a la memoria y al recuerdo que está en la entraña y la naturaleza misma del icono y de la escritura, que se muestran; y que, sin duda alguna, son el parámetro más profundo del ser hombre, esto es, un «yo», un sujeto. Aunque el hombre de este tiempo post-moderno se resigna a no serlo, y la historia haya muerto porque se ha quedado sin sentido. Había que incitar a esa memoria, precisamente por esto mismo.

Incluso en un plano colectivo, en medio de mucha banalidad y de no escaso provincianismo, un folklorismo bastante decimonónico que nos habla del peligro de la «santa tierra madre» y otras mitologías que bien pudieran acabar en la adoración del «Volkgeist», parecía necesario también evocar la memoria histórica de León y Castilla que de un modo sustancial está en la entraña de nuestra cultura, ha originado un cierto modo muy alto de ser hombres en otro tiempo, y, ahora mismo, como la «audacia» que se hablaba Hokheimer —como se dijo más arriba— o como una instancia de pregunta y de quedada ante la eventual satisfacción de un vivir plano y empírico, plantea desde luego las preguntas que nunca pueden ser contestadas, y pueden seguir ayudándonos a ser hombres, no juguetes de un devenir ciego, ni esclavos de nadie. E incluso a recuperar eso que cada día trata de hacernos olvidar: que el hombre es el capital más preciado.

Eso es al menos lo que, en otro tiempo, decían la belleza de los iconos y los discursos de la escritura. ■

José Jiménez Lozano es escritor y subdirector de «El Norte de Castilla».

da, no tuvo en paralelo un aumento de la producción interna, originándose un claro desequilibrio entre la demanda y la oferta energética, subsanado por las importaciones. Todo ello se va sucediendo sin que se desarrolle en España una auténtica política energética; no hay que olvidar que no se presenta el primer Plan Energético Nacional hasta el año 1975 (la primera subida aleatoria de precios del petróleo se produce en 1973), y cuando la recién creada Agencia Internacional de la Energía (AIE) instaba a desarrollar, en todos los países con fuertes dependencias energéticas y, sobre todo, petrolíferas, medidas de ahorro y diversificación energética, España al margen de cualquier recomendación, sigue aumentando el consumo de petróleo y, por consiguiente, sus importaciones, ya que la producción interna es insignificante; en definitiva seguía acentuando la vulnerabilidad de su sistema económico. Así, si en el año 1973 el petróleo satisfacía el 68,1 por 100 del consumo de energía primaria en España; en el año 1976 había ascendido al 73,1 por 100, hecho insólito en el contexto europeo occidental.

Economía vulnerable

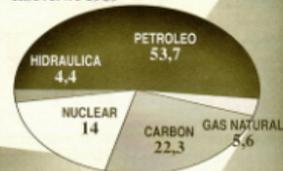
Es cierto que con la puesta en marcha del primer PEN, se inicia una etapa cuyo objetivo esencial era reducir la dependencia del petróleo, con objeto de que cualquier alteración en los mercados internacionales repercutiera lo menos posible en nuestra economía, no en vano numerosos subsectores productivos dependían de él.

Ahora bien, este planteamiento, sin quedar exclusivamente en una declaración de intenciones, ha tenido una respuesta poco eficaz, y prueba de ello es que España, después de haber sufrido los graves efectos de esas dos crisis del petróleo mencionadas, sigue dependiendo enormemente de esta fuente energética, y por ello, ante la llamada tercera crisis, tiene una de las economías más vulnerables en el seno de la Europa Comunitaria. Se han operado cambios pero no los suficientes, no se ha seguido la trayectoria de otros países desarrollados y puede que sea significativo el hecho de que en 15 años, se han puesto en funcionamiento tres Planes Energéticos Nacionales (el segundo renovado sin que cumplieran sus horizontes temporales), y que en el momento actual se haya retrasado, *sine die*, la discusión del nuevo. La única respuesta ante estas situaciones hay que buscarla en el espíritu que por lo general ha presidido su realización, en general poco futurista, sin grandes cambios y pensando en coyunturas del presente sin contemplar posibles alteraciones.

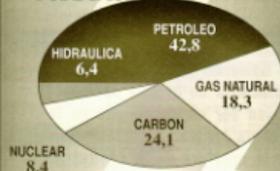
DOMINA EL ORO NEGRO

(Estructura del consumo de energía primaria en porcentaje.)

ESPAÑA 1989



OCDE 1988



En 1973 el petróleo satisfacía el 68,1 por 100 del consumo de energía primaria en España; en 1976 ascendió al 73,1 por 100, hecho insólito en Occidente

Así, en el año 1989 la estructura del consumo de la energía primaria sigue definiendo la fuerte participación del petróleo, alcanzando valores muy superiores a los medios de la OCDE.

Es preciso señalar que en esta estructura del consumo varía de un año a otro la participación hidráulica, en función de la hidraulicidad del año. Así, 1989 coincidió con un año seco y sus valores descendieron de forma sustancial con respecto al precedente más húmedo, que permitió una mayor producción hidroeléctrica, que llegó a abastecer el 9,6 por 100 de la demanda de energías primarias; generalmente las oscilaciones hidráulicas van acompañadas en nuestro país con una mayor o menor utilización del carbón.

España acusa una dependencia del petróleo mayor que otros países industrializados como consecuencia de haber desarrollado una política energética poco eficaz, en la cual las medidas de sustitución de unas fuentes por otras han sido poco realistas y con escasa visión de futuro. A ello se añade que tampoco se ha logrado una eficiencia energética; de hecho la intensidad de la demanda del petróleo en el periodo 1973-88, en la OCDE ha descendido de forma progresiva (1973 = 100; 1988 = 65), mientras que en España asciende hasta el bienio 1979-1980, desciende a partir de este último año y lleva ya cuatro años estabilizada con valores que oscilan entre el 75 y el 75,5, respecto de la base 100 de 1973.

En síntesis, nos enfrentamos ante la tercera crisis del petróleo (agosto de 1990), con una fuerte participación del petróleo en la estructura del consumo de energía primaria; con una escasa eficiencia energética, y con un alto grado de dependencia externa, aspectos que refuerzan la vulnerabilidad de nuestra economía ante cualquier cambio coyuntural. Por consiguiente, no es extraño que a raíz del conflicto del Golfo Pérsico y el aumento del precio del petróleo, se hayan definido unas medidas económicas con objeto de paliar, en la medida de lo posible, el efecto dominó que se puede producir en numerosos productos y controlar el despegue de la inflación ya de por sí importante; todo ello beneficiará muy poco el desarrollo futuro y el bienestar social. La explicación dada a los ciudadanos tan sólo se ha basado en los recientes acontecimientos políticos, sin que se haya reconocido en ningún momento la deficiente planificación energética desarrollada en nuestro territorio; Francia o Japón se enfrentan a la crisis con una situación muy diferente.

Sin embargo, de nuevo se ha despertado en la sociedad un interés por el tema energético, y tanto los poderes públicos, como